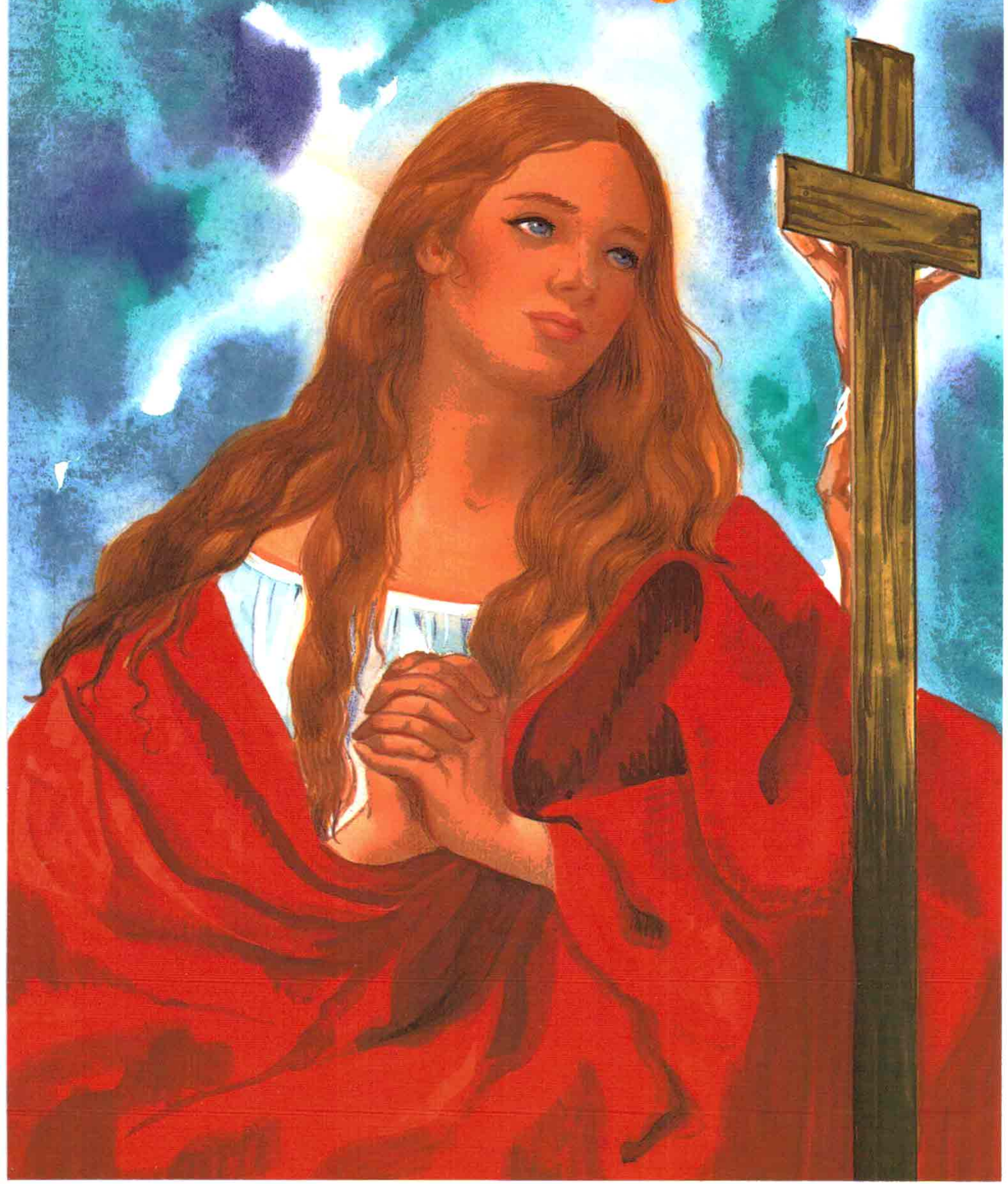
Santa María Magdalena



SANTA MARIA MAGDALENA

Andrés Codesal

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003-Sevilla

María de Magdala

No cabe duda que una de las Vidas de Santos más emocionantes y atractivas es la Vida de Santa María Magdalena, por su conversión sincera y por el ardentísimo amor a Cristo que en varias ocasiones manifestó.

En los Santos Evangelios se nos habla de María la pecadora, de María la hermana de Marta y de María Magdelana. ¿Eran distintas o era una sola persona?

San Gregorio Magno con diversos intérpretes, así como la Liturgia en la Misa de la Magdalena las identifica y hasta parece confirmarlo la actitud de la misma Magdalena al pie de la Cruz y en la Resurrección (Jn. 19,25;20,1-18; Lc. 10,38ss). (No obstante, San Jerónimo y San Juan Crisóstomo creen que la María de que se nos habla en San Juan 12,3 no es idéntica a la pecadora que unge a Jesús en Lucas 7,36-50, y no faltan quienes crean que estos tres nombres corresponden a tres personas diferentes).

Nosotros seguimos el primer criterio, por ser el más común, o sea, que las tres son una sola persona.

María Magdelena, cuya fiesta se celebra el 22 de julio, al parecer era natural de Betania, donde vivió después de sus años de libertinaje, con sus hermanos Lázaro y Marta.

La tradición nos dice que vivió en su juventud en el castillo de Magdala, que está cerca de Cafarnaún, de donde le sobreviene el nombre de Magdalena.

Como Jesús pasaba con frecuencia por aquellos pueblos predicando su Evangelio, sin duda la Magdalena le oiría la dulce invitación: "Yo no vine por los justos, sino por los pecadores", y entonces fue cuando su alma tierna y delicada sintió los remordimientos de conciencia, los castigos que merecía por su vida escandalosa, y al ver que Dios al que tanto había ofendido la esperaba, se arrepintió y llorando sus pecados, siguió a Jesús, el Salvador de los hombres.

Jesús cura a María

En tiempos de Cristo eran muy frecuentes las posesiones diabólicas, padeciendo por causa de los demonios las más raras enfermedades. Entrándose dentro de los cuerpos, a unos los dejaban mudos, a otros ciegos, a otros los sacudían con grandes combulsiones y los arrojaban al suelo; otros por medio de los demonios hacían de adivinos, pero a los más los volvían como locos y corrían por los montes y lugares solitarios como infelices desesperados.

El Santo Evangelio nos habla de que el Señor arrojó a siete demonios de María Magdalena. ¿Qué sería de ella mientras estuvo poseída de los infernales espíritus? El Evangelio no nos lo dice, pero es fácil figurárselo. No sabemos lo que sufriría con ellos, pero por lo que vemos que hicieron otros endemoniados, es fácil comprender que estaría hecha una pena.

Los judíos al verla así la consederarían maldita de Dios y sería despreciada de todos. Pero Dios que es rico en misericordia y sabe sacar bien los males, encontró el momento más propicio para atraerla a Sí y salvarla.

Cuando Jesús la encontró, es probable que ella huyera chillando: "¿Qué es lo quieres de mí, Hijo del Altísimo? ¿Has venido a atormentarme antes de tiempo?".

Jesús, firme y sereno como de costumbre, acercándose a ella, con potente voz diría a los demonios: "Espíritus infernales, ¿Cuántos sois?" Ellos contestarían: "Somos siete". Luego Jesús ordenaría: "Os mando que la dejéis libre y no volváis nunca más a ella".

Los malos espíritus la sacudirían con fuerza, como solían hacer en otras ocasiones, y dejándola tirada en el suelo huirían para nunca más volver.

Jesús la cogería de la mano, la ayudaría a ponerse en pie y con su dulce sonrisa la animaría a volver a casa con sus hermanos.

Sus buenos hermanos olvidarían fácilmente su mala conducta pasada y la aceptaron en casa con los brazos abiertos.

Jesús y la Samaritana

Jesús con los suyos continúa sus correrías apostólicas. Un día, mientras los discípulos se fueron a comprar de comer, El los esperó descansando junto al pozo de Jacob.

Llega una mujer pecadora por agua. Jesús que quiere convertirla la dice:

Mujer, ¿me das un poco de agua?

La mujer contesta: ¿Cómo se atreve? ¿No ve que soy samaritana? (Y es que los judíos no se hablaban con los samaritanos).

Respondió Jesús: "Si conocieras el don de Dios y quien te pide de beber, tú se la pidieras a El y El te diera agua viva".

— El pozo es profundo y tú no tienes con qué sacarla.
— Todo el que beba de esta agua volverá a tener sed, pero quien bebiere del agua que yo le daré, nunca jamás volverá a tener sed.
— Señor: dame, pues, de esa agua para que nunca vuelva a tener sed.
— Ve y llama a tu marido y os la daré.
— No tengo marido.
— Ahora si has dicho la verdad, porque ya son cinco los que has tenido y ninguno ha sido tu marido.
— Señor, veo que eres profeta... Se que va a venir el Cristo, cuando El venga nos enseñará muchas cosas.
— El Cristo yo soy, el que hablo contigo.

En esto llegaron los discípulos y la mujer dejando allí el cántaro para que pudieran beber, se marchó corriendo al pueblo diciendo a todos:

"Venid a ver un hombre que sabe todo lo que yo he hecho; posiblemente sea el Mesías".

Y muchos samaritanos creyeron en El, porque ella seguía atestiguando: "Me ha dicho Todo lo que hice".

En casa de Marta y María

Jesús iba con frecuencia a Jerusalén. Betania era un pueblecito en la falda Este del Monte de los Olivos a sólo tres kilómetros de Jerusalén. Cuando Jesús bajaba del norte le quedaba en camino y no pasaba nunca sin ir a visitar a sus queridos amigos: Marta, María y Lázaro.

Aquel día habiendo llegado Jesús con los doce sin esperarlos, las cogió desprevenidas, y Marta andaba apuradísima para prepararles algo de comer.

Jesús estaba hablando cosas maravillosas del Reino de Dios. María sentada a los pies del Maestro lo estaba escuchando con el máximo interés. Marta sintió rabia de que su hermana en vez de ir a echarle una mano estuviera allí sentada tranquilamente.

Siente una especie de celos viendo que Jesús le habla con ternura y no le dice que ayude a su hermana. Quizá por eso, Marta en vez de quejarse a María se va directamente con sus quejas a Jesús:

—Maestro, ¿no te importa que mi hermana me deje sola y no me ayude en el servicio?

Jesús responde: "Marta, Marta; tú te afanas y preocupas por muchas cosas, y solamente una cosa es necesaria. María ha sabido escoger lo mejor y no le será quitado".

Quiere decirle Jesús que, aunque lo que está haciendo es muy bueno, porque está haciendo una gran obra de caridad como es dar posada al peregrino y dar de comer a los hambrientos; no obstante, lo que hace María es mucho más importante, porque no hay nada mejor ni más importante que oír la palabra de Dios con la intención de practicarla.

"Bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la ponen en práctica" (Lc. 11,28).

Jesús llora la muerte de Lázaro

Un día, Marta y María mandan a Jesús este mensaje: "Señor el que amas está enfermo".

Jesús contesta: Esta enfermedad no es de muerte sino para gloria de Dios.

Continúa Jesús dos días más allí; al cabo dice: "Vayamos otra vez a Judea".

Le dicen los apóstoles: "Maestro, hace poco querían los judíos apedrearte, y ¿quieres volver allá?".

Dijo Jesús: Nuestro amigo Lázaro duerme y voy a despertarlo.

Le dicen los discípulos: Señor, si duerme sanará.

Entonces Jesús les dijo claramente:

"Lázaro ha muerto, y me alegro por vosotros de no haber estado allí, para que ahora viendo creáis".

Cuando llegó Jesús ya hacía cuatro días que había muerto y ya lo tenían sepultado.

La casa de Marta y María estaba llena de judíos amigos que habían venido a darles el pésame y consolarlas.

Jesús se entretuvo hablando con algunos a la entrada de la aldea y otros adelantándose dieron la noticia a Marta, de que venía el Maestro.

Salió Marta corriendo y llegando a Jesús se postró a sus pies diciendo: "Señor, si hubieras estado aquí no habría muerto ni hermano, y aún ahora estoy segura que Dios te concederá lo que tú le pidas.

Contesta Jesús: "Tu hermano resucitará"...

Enterada María que estaba allí Jesús, salió corriendo a su encuentro, y llegando a El se arrojó a sus pies llorando y diciendo: "Señor, si tu hubieras estado aquí no hubiera muerto mi hermano". Jesús al ver llorar a María se le arrasaron los ojos de lágrimas y también lloró.

La Resurreción de Jesús

Al día siguiente de la gran fiesta de Pascua, muy temprano, cuando aún estaba oscuro, las tres mujeres se dirigen presurosas, cargadas de ungüentos y perfumes, dispuestas a embalsamar el cuerpo del Señor. Por el camino iban diciendo: ¿Quién nos quitará la enorme piedra que colocaron en la puerta?

Pero la sorpresa fue enorme cuando llegan y observan que la piedra que cubría la puerta del sepulcro estaba quitada sobre un lado, y la entrada angosta de la cueva estaba abierta.

Asomándose un poco ven que el cuerpo del Señor no estaba dentro; María no sabe que hacer y sale corriendo a decirle a los Apóstoles: "Se han llevado el cuerpo del Señor y no sabemos donde le han puesto".

Pedro y Juan salen corriendo al sepulcro; María Magdalena los sigue. Cuando llega les oye decir: "Ciertamente se lo han llevado, ¿dónde lo habrán escondido, o qué habrán hecho con El?

Deciden volver a Jerusalén a contarlo a los demás Apóstoles. María se queda sola llorando junto al sepulcro. Se acerca de nuevo a la puerta y mira dentro. Al mirar vio dos ángeles vestidos con blanquísimas vestiduras, que le dijeron: ¡Mujer! ¿Por qué lloras? Ella respondió: "Porque se han llevado el cuerpo de mi Señor y no se dónde le han puesto".

Mientras hablaba oyó pasos; era Jesús que se acercaba y también le dice: "Mujer, ¿por qué lloras? ¿A quién buscas?" Ella creyéndole el hortelano de aquel huerto, le dijo: "Señor, si tu le llevaste, dime dónde lo has puesto y yo lo recogeré".

Jesús le responde: "¡María!" Ella entonces lo reconoce y arrojándose a sus pies le dice: "¡Maestro!".

Como siguiera emocionada llorando y abrazándole los pies, Jesús le dice: "Déjame ya, pues aún no he subido al Padre...".

Jesús y la adúltera

Una de las cosas que a María Magdalena más gustaba de Jesús era su misericordia con los pobres pecadores.

María Magdalena, con otras santas mujeres acompañaban a Jesús en sus correrías apostólicas. No sabemos si el día que le presentaron la mujer adúltera para que la condenara a ser muerta a pedradas; estaría María presente; pero es segurísimo que si hubiera estado se hubiera alegrado muchísimo de lo que hizo el Señor.

Veamos lo que pasó:

Un grupo de judíos se acercan chillando y tirando de una mujer que le arrojan a los pies, diciendo:

"Maestro, esta mujer acaba de ser sorprendida en delito de flagrante adulterio. Moisés en la Ley nos manda matarlas a pedradas. ¿Tú qué dices?

Jesús no hizo caso a lo que decían y como estaba sentado, se inclinó un poco y se puso a escribir con el dedo en el suelo.

La mujer estaba tirada en el suelo delante de El y tenía un rostro tan asustado que, a María Magdalena, de haberla visto, se le hubiera enternecido el corazón. ¿Qué delito tenía para morir? Los mismos pecados que ella misma tal vez cometió muchas veces.

Por eso le daba pena y deseaba con todo el corazón que Jesús la perdonara.

Insisten los judíos: "Maestro, ¿Tú qué dices?"

Jesús levanta la cabeza y mirándolos de una forma que les pareció les penetraba el alma, les dijo: "Aquel de vosotros que no tenga pecados que tire la primera piedra".

Comprendieron que Jesús los estaba viendo por dentro, y temerosos de ser descubiertos, huyeron uno tras otro.

Entonces Jesús dice a la mujer: ¿Dónde están tus acusadores? ¿Ninguno te ha condenado? Ella contestó: "Ninguno, Señor".

—"Pues Yo tampoco: Vete y no vuelvas a pecar".

María unge a Jesús con perfume

Estando Jesús en Betania, en casa de Marta y María, viene un fariseo rico llamado Simón y los invita a todos a comer en su casa.

Mientras llegaba la hora de la comida Jesús hablaba cosas tan divinas que a María se le derretía el corazón.

Llegó la hora de la comida y toda la comitiva se dirigió a la casa de Simón el Leproso.

Mientras tanto, María Magdalena deseosa de hacer algo por Jesús que le demostrase su acendrado amor, coge mucho dinero de sus ahorros y va en busca del mejor perfume.

Ya estaban todos a la mesa cuando llega María. Marta como de costumbre está ayudando al servicio y Lázaro su hermano está entre los comensales.

Cuando entra María los ojos de todos se fijan en ella.

María, visiblemente emocionada va rodeando la mesa y se pone a los pies del Maestro.

Destapa el frasco de alabastro y derrama parte del perfume sobre la cabeza de Jesús. El suave aroma en un momento inundó la casa.

Los comensales se dan cuenta que no se trata de un perfume barato. Alguien que conoce su valor dice por lo bajo: Seguro que ese frasco valía sobre los 300 denarios.

Judas, ya en tono más alto exclama: ¡Que derroche! Se podía haber vendido en 300 denarios y haber dado el dinero a los pobres...

Mientras tanto, María, bañada en lágrimas se arrodilla a los pies del Maestro llorando y mientras se los besa le derrama allí el perfume que le había quedado en el frasco.

Como no tiene con qué secárselos se los enjuaga con los largos cabellos.

Judas sigue al otro lado de la mesa murmurando: ¡Que despilfarro..., y tantos pobres con hambre!

Jesús la defiende: No la molestéis. A los pobres siempre los tendréis con vosotros y ya tendréis ocasión de ayudarlos.

Porque ha amado mucho se le ha perdonado mucho

Y Jesús seguía diciendo: "Ha hecho bien".

Ella ha hecho lo que ha considerado mejor; se ha adelantado a perfumarme para cuando sea supultado.

En verdad os digo que, en todo el mundo, donde quiera que se predique el Evangelio, se contará también lo que ella acaba de hacer, para memoria suya".

Viendo el fariseo cómo permitía Jesús que una mujer pecadora como aquella le tocase de aquella manera, y oyendo también como la defendía y aprobaba aquellas cosas, se puso a pensar dentro de sí: "Si este fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca. ¡Una pecadora!"

Jesús, adivinando sus pensamientos, le dijo: "Simón, tengo que decirte una cosa". Simón el Leproso contestó: "Maestro, di".

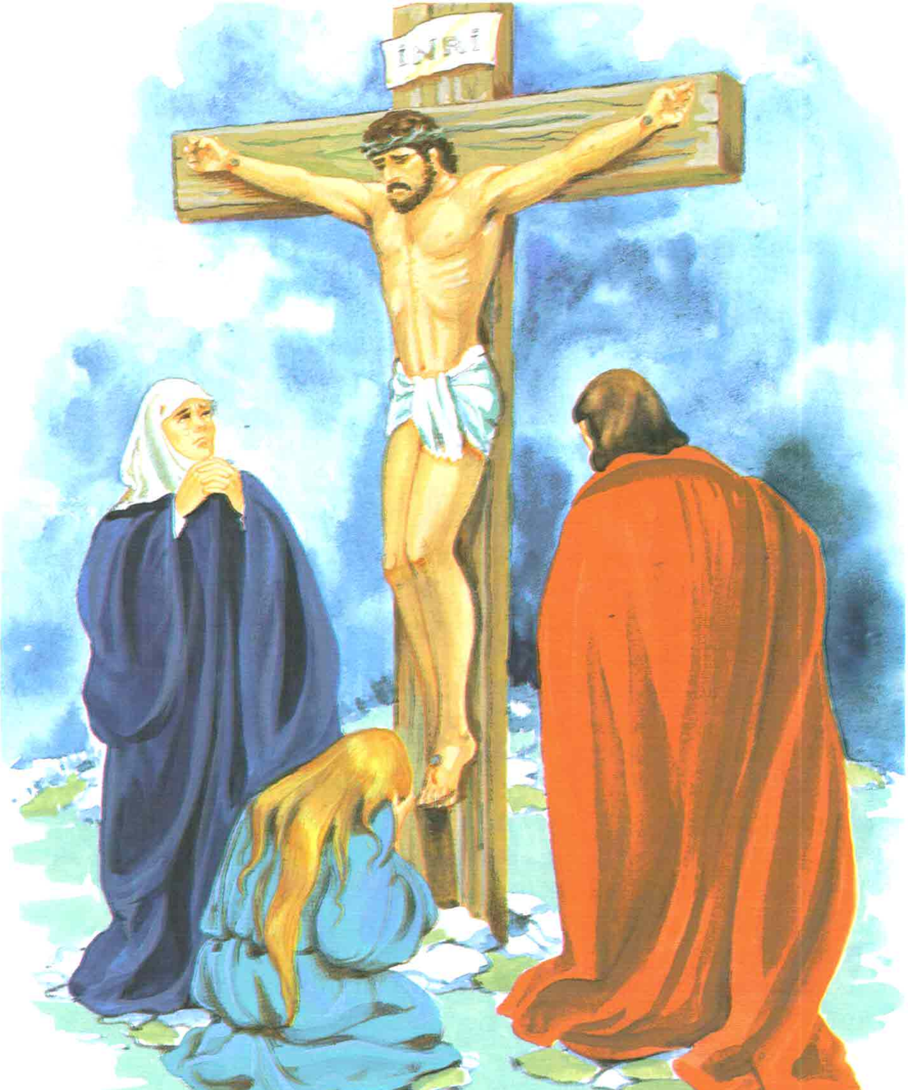
Y Jesús le dijo esta parábola: "Un prestamista tenía dos deudores; el uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. No pudiendo ellos pagar, se lo perdonó a los dos. ¿Quién de ellos le amará más? ¿Cuál de los dos crees tú que le estará más agradecido?"

Simón respondió: "Considero que aquel a quien más le perdono". Jesús le dijo: "Has juzgado bien".

Y volviéndose hacia María Magdalena, dijo a Simón: ¿Ves esta mujer? Yo entré en tu casa y no me diste agua para los pies; ella, en cambio, me los ha bañado con sus lágrimas y me los ha enjuagado con sus cabellos. Tú no me diste el beso de la paz; más ella desde que entró no ha cesado de besar mis pies. Tú no me ungiste con aceite la cabeza, en cambio ella ha ungido mi cabeza y pies con perfume.

Por lo cual te digo, oh Simón, que porque ha amado mucho, le son perdonados sus muchos pecados. Al que ama poco, se le perdona poco".

Y volviéndose sonriente hacia María, la dijo: "Mujer, vete en paz, tus pecados te son perdonados".


INRI

María Magdalena junto a la Cruz

Con frecuencia los artistas nos han dibujado a María Magdalena llorando abrazada a la Cruz mientras Jesús moría en ella.

El mismo San Juan nos dice que, "junto a la Cruz de Jesús, estaba su Madre y la hermana de su Madre María la de Cleofás y María Magdalena" (Jn.19,25).

La meditación de la Pasión y muerte del Señor es lo que más ha enardecido a todos los santos en el amor de Dios. Pero una cosa es la simple imaginación y otra muy distinta el verlo y contemplarlo con los propios ojos de la cara en el mismo momento en que sucedió. María no se lo imaginaba como hacemos nosotros: Ella lo vio con sus mismo ojos y estuvo abrazada a la Cruz mientras Jesús moría en ella, y sobre su propia cabeza cayeron muchas gotas de su sangre redentora.

Ella estaba allí y pudo oír como se quejaba el Redentor, diciendo: "Tengo sed", y sintió la tremenda pena de no poder ofrecerle tan siquiera unas gotitas de agua. Ella oyó como pedía al Padre el perdón para sus verdugos, diciendo: "Padre, perdónalos que no saben lo que hacen. Ella también escuchó la feliz promesa del cielo que hizo al ladrón arrepentido. Y por último, también oyó aquel grito de confianza en su propio Padre cuando dijo: "Padre, en tus manos entrego mi espíritu".

Y por último, sintió mucho no poder embalsamarle con aromas como ella deseaba, y en cuanto le sepultaron se fue a prisa a la ciudad a comprar todo lo necesario para volver después de la fiesta a embalsamarle debidamente.

Los artistas se han complacido en dibujar la escena de la descención de la Cruz, en los brazos de su Madre y la Magdalena abrazada a los pies, porque todos han supuesto que después de su amadísima Madre nadie lo amó tanto como María Magdalena.

La Resurrección de Lázaro

Entonces dijo Jesús: ¿Dónde le habéis puesto?

Le dijeron: Ven, Señor, y lo verás.

Acercándose Jesús, se le arrasaron de nuevo los ojos de lágrimas.

Los judíos que le veían llorar se decían: "Mirad como le amaba".

Otros decían: Pues si le amaba y puede abrir los ojos de un ciego de nacimiento, ¿cómo no pudo evitar la muerte de Lázaro?

Jesús ya a la puerta del sepulcro, llorando todavía, se repone un poco y ordena: "Quitad la piedra".

Marta, la pobre, que sabe que necesariamente tiene que oler muy mal, porque ya lleva cuatro días muerto, dice a Jesús: "Señor, ya huele, lleva cuatro días".

Dice Jesús: "¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?".

Quitaron, pues, la piedra. Jesús entonces levantó los ojos al cielo y dijo: "Padre, te doy gracias porque me has escuchado. Yo se que siempre me oyes, pero lo digo para que toda esta muchedumbre que me rodean crean que Tu me enviaste.

Dicho esto, gritó con voz fuerte: "Lázaro, sal fuera"

Y en aquel instante apareció Lázaro en la puerta del sepulcro moviéndose entre las vendas con las que estaba ligado.

Dijo Jesús: Desatadle para que pueda andar.

De este hecho fueron testigos numerosísimos judíos que estaban con Marta y María porque habían ido a darles el pésame, y cuando vieron el milagro creyeron en El.

La alegría de Marta y María al tener de nuevo a su hermano en casa es fácil de figurar.

Desde aquel día María Magdalena, con otras mujeres, seguían a Jesús por las ciudades, como nos dice San Lucas (8,2-3).

Ultimos años de María Magdalena

Después de haber cumplido la Magdalena con el encargo de Jesús de anunciar a sus Apóstoles la buena nueva de su Resurrección, y haber sido así ‘‘Apóstol de los Apóstoles’’, los Evangelios no nos la vuelven a mencionar; pero bien podemos creer que ‘‘no se quedaría al margen de los trabajos de la naciente Iglesia, sino que estaría en el Cenáculo con los Apóstoles perseverando en la oración, y dilatando a par de ellos su amor con las comunicaciones del Espíritu Santo’’.

Lo que sabemos por tradición es que los últimos años de María Magdalena fueron de verdadera penitencia pues por haber conocido a Jesús, ‘‘luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo’’ y que El vino precisamente para dar esta luz a cuantos vivían y viven en tinieblas y en sombras del pecado y de la muerte, al reconocer ella la gravedad de sus muchos pecados y escándalos causados a otras almas, se decidió, arrepentida de todos ellos, a seguirle con valentía y decisión, practicando la doctrina que le había oído y que ahora tenemos consignada en el Evangelio.

¿Qué hemos de hacer los pecadores ante el ejemplo de los Santos como María Magdalena? Dejar nuestra vida de pecado, pisotear todo respeto humano, volvernos a Dios por medio del arrepentimiento.

Jesús desde la Cruz, en la que quiso morir para salvarnos, nos espera con los brazos abiertos, y nos dice: ‘‘Arrepentíos, volved a Mí y Yo me volveré a vosotros’’.

CON LICENCIA ECLESIÁSTICA. ISBN: 84-7770-011-7. Depósito legal: M. 38.724-2000. Imprime: Impresos y Revistas, S. A.

ISBN: 84-7770-011-7